

RICARDO LEÓN EN LA ACADEMIA

Con motivo de su discurso de recepción en la Real Academia Española, se ha ocupado recientemente la prensa de Madrid en tan distinguido novelista.

El libro que lo dio a conocer al mundo de las letras fue *Casta de Hidalgos*. Hasta su aparecimiento nadie sabía quién fuera Ricardo León, pero esa novela bastó por sí sola para hacer su reputación de escritor. Los que aquí la leyeron se deleitaron con aquel estilo que recordaba el de Pereda, y hacía ver en el nuevo novelista un digno sucesor del que había honrado las letras castellanas. La prosa elegante y castiza de la nueva producción no tenía para algunos sino el defecto de ser tan armoniosa y retórica, que casi era verso, y varios capítulos de *Casta de Hidalgos* más parecen poesía, por su medida y cadencia, que verdadera prosa.

En los libros subsiguientes, *Comedia sentimental* y *Alcalá de los Zegríes*, continuó León mostrándose el gran poeta de su primera producción, sin que esas novelas llamaran la atención por el interés del argumento. El de *Comedia sentimental* parece tomado de *Amor tiene cien ojos*, de Salvador Farina, y es tal vez el más cautivador del de todas sus demás obras. En *Alcalá de los Zegríes* hay descripciones admirables que gustarán mejor los que conozcan la ciudad de Ronda, donde parece pasan los sucesos relatados en tan hermoso libro. Verdaderamente no creemos que escritor alguno logre sobrepasar la viveza, elegancia y exactitud con que el autor pinta la serranía, el cerco de montañas que rodea la antigua ciudad que conserva indeleblemente su sello morisco. Las páginas primeras de esta novela y la invocación a Castilla en *Amor de los amores*, pueden figurar en cualquiera antología española como modelo de belleza, de estilo insuperable.

Es posible que Ricardo León no sea un creador de personajes como Pereda, pero es más variado en temas y su lenguaje tiene más colorido; no será un sicólogo

de la talla de Pérez Galdós, pero no ofrece al lector constantemente como idea, el libre pensamiento; como tipo, el chiflado sempiterno, y como enemigo obligado, el fanatismo y los frailes. Sin embargo, el protagonista de *Amor de los amores* y los periodistas de los *Centauros* no morirán.

El discurso leído en la Academia es, lo que debía ser, un himno a la lengua castellana, a la que enriquecieron y hermosearon Fray Luis de León, Cervantes, Lope de Vega y Calderón de la Barca; y divinizaron Santa Teresa y San Juan de la Cruz. La elocuencia española ha podido llegar a más altura en boca de Donoso Cortés, Castelar y Vázquez de Mella, pero la lengua de los clásicos no ha recibido de pluma moderna más esplendor, ni ha ostentado mayor riqueza y galanura que la que le ha comunicado Ricardo León en la magistral pieza con que ha inaugurado su oficio de académico.

Es imposible discurrir con más autoridad y en lenguaje más genuinamente español sobre el tenor de la "lengua clásica y el espíritu moderno" que como lo ha hecho Ricardo León al desarrollar este tema ante la docta Corporación que lo recibió en su seno.

Por supuesto que no creemos que, por amplia y variada que sea la lengua de los clásicos, baste por sí sola para la expresión del pensamiento moderno. Los idiomas para vivir deben desarrollarse, y en su desarrollo pierden elementos que van muriendo y se asimilan otros nuevos que ayudan a darle vida. Lo que importa es que las palabras nuevas sean bien formadas y reciban la autoridad del uso educado y de los guardianes de la limpieza y esplendor de la lengua.

Esto es muy distinto de la jerga modernista, tejida con ignorancia y atrevimiento por todos los que se creen con derecho a expresar lo que piensan y sienten en palabras formadas a su querer y capricho.

Los clásicos no podían discurrir, por puro y caudaloso que fuera el raudal del romance en que se expresaban, con ideas modernas, ni a ellos les era lícito emplear palabras para pintar impresiones que no sentían.

El actual novelista español, sin dejar de ser castizo, tiene un vocabulario distinto, en parte, de los escritores del siglo de oro, y esto no basta para que Pereda, Valera, Pérez Galdós, Palacio Valdés, Emilia Pardo y el mismo León, no puedan presentarse como modelos de estilo. Si el castellano no dispone hoy de todos los términos técnicos usados en las ciencias, las artes y la industria, debe formarlos sabiamente porque no los encuentra ni en Saavedra Fajardo, ni en don Alfonso el sabio ni en ninguno de los que nos han dejado acervo de palabras autorizadas en las épocas de más brillo y hermosura de la lengua de Castilla. Y debe formarlos de acuerdo con las leyes que regulan los idiomas, porque de otro modo Inglaterra, los Estados Unidos, Francia y Alemania le impondrán su tecnología sin que haya tiempo de prepararles vestido apropiado para lucir entre las demás palabras españolas.

Como el progreso moderno no ha tenido en España representantes tan autorizados como los que allí van a la cabeza del drama y la novela; y humanistas a la manera de Menéndez y Pelayo, ingenieros a la de Echeagaray y sabios, en general, a la de Ramón y Cajal, no tienen muchos parecidos en la Península, la tecnología de la crítica y la filosofía y la científica e industrial no puede ser propia sino adoptada, y la Academia haría bien en traducirla pronto a lo que más se acerque a lo castizo, antes que la ignorancia, la necesidad y la pendería se impongan en forma bárbara y extraña.

Al neologismo hay que darle forma culta, y no debe cerrársele la puerta al americanismo que se presente con derechos a hacer parte de la familia española, para que el español siga siendo una de las mayores glorias del mundo y el modelo del habla hispanoamericana.

A riesgo de aparecer petulantes, nos atrevemos ahacer las anteriores observaciones y a disentir de Ricardo León, para nosotros el príncipe actual del habla castellana, en que "la edad presente puede reducirse desde el último tercio del siglo XVIII, a tres gran-

des movimientos: la democracia en la sociedad; el criticismo en la ciencia, y el romanticismo en el arte."

Creemos que el *criticismo* en la ciencia, que podría definirse la admisión del uso *legítimo* de conceptos y principios del entendimiento puro, y el uso *ilegítimo* que consiste en considerar estos mismos conceptos como objetos en sí mismos y estos principios como verdades objetivas, el *criticismo* llamado de Kant, decimos, es diferente del *cientismo*, movimiento que alcanzó a dominar más de veinte años en Francia, doctrina de Taine y otros sabios, cuya idea capital es la de que el universo se explica por sí mismo y establece entre los fenómenos de éste una continuidad no interrumpida. El influjo poderoso del *cientismo*, que en último análisis viene a ser el *determinismo*, no ha sido inferior en el pensamiento moderno al del *kantismo*, y así debe tenerse en cuenta cuando se trata de saber la parte que le corresponde a esa tendencia en el desarrollo del lenguaje. Las dos doctrinas no son una misma, ni la una engendro de la otra.

Otro tanto puede decirse del *naturalismo*, faz nueva adoptada por la novela francesa en el último tercio del siglo XX como reacción contra el romanticismo; y como la literatura es el alma de una nación, lo que tanta influencia ha tenido en el arte y las letras no puede olvidarse al hablar de movimientos que informan la inteligencia y modelan una época literaria.

Si esos factores no deben dejar de tenerse en cuenta para saber si en el idioma español puede caber correctamente el pensamiento moderno, es posible que pasada esta época de crisis europea, cualquiera que sea el resultado de la guerra, aparezcan otros elementos que compartan el dominio que Francia ha tenido, por medio de su lengua, su literatura, las ciencias, las artes, el comercio y las costumbres, sobre el español de ambos continentes, y ejerza a su vez influjo nuevo, que se haga sentir en su lexicografía y en su *sintaxis*, como el de la gran nación latina.